

## SITUACION DE LA CATEQUESIS DE LA COMUNIDAD CRISTIANA HOY, EN ESPAÑA

A. GARCIA SUAREZ

1. El último estudio que leí sobre el argumento de esta comunicación es el de Antonio Cañizares. Me refiero a su artículo «La catequesis española en el proceso de acogida del Vaticano II», publicado en el primer número de la prometedora revista «Teología y Catequesis»<sup>1</sup>, órgano del Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequética. Hago alusión a este trabajo porque me parece un análisis lúcido y certero de la actual situación española en el campo de la catequesis de la comunidad cristiana. En realidad, en mi intervención, tendría que repetir muchos de los fenómenos a los que él se refiere y sumarse a sus juicios, con los que, en gran medida y sustancialmente coincido. Por ello, recomiendo su lectura atenta a quienes quieran hacerse cargo del estado de la catequesis en los últimos años y circunscribo esta comunicación a tratar de algunos aspectos que, en mi opinión, pueden ser objeto de reflexión y de profundización ulterior.

2. En primer lugar<sup>2</sup>, me parece necesario decir una palabra acerca del *horizonte de fondo* en que se mueve la catequesis en España hoy. Este horizonte de fondo es una *situación histórica* no cerrada ni estática ni estable. *Es una coyuntura caracterizada justamente por su equilibrio inestable*. Estas circunstancias generales condicionan los distintos aspectos concretos que, en la catequesis, se pueden contemplar. Quiero decir que todos ellos se ven afectados por esa «*inestabilidad*». Y es esto precisamente lo que dificulta los intentos de «definir» o «establecer» de una manera clara y distinta lo que está ocurriendo. Quien desee —como nosotros ahora— diagnosticar los fenómenos actuales se habrá de limitar casi exclusivamente a describir «lo-que-está-sucediendo», «lo-que-deviene» pero difícilmente podrá emitir un

1 *Teología y Catequesis* 1 (1982) 45-64.

2 Cf. J. M. Estepa Llaurens, 'El catequista, testigo de la identidad cristiana para la esperanza del mundo', en Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, *Juan Pablo II en Granada. Primer encuentro Nacional de Educadores cristianos* (Madrid 1983) 34.

juicio de validez universal que discierna dónde se encuentra *la catequesis verdaderamente genuina, la catequesis-tipo* de este momento histórica. La razón de lo que digo está, a mi modo de ver, en que nos encontramos en un *carrefour* o encrucijada de búsquedas, de tanteos, de aproximaciones. Esta situación, naturalmente, produce inquietud porque las diversas tendencias y propensiones desearían tener —cada una de ellas— *la clave de solución y de autenticidad* e incluso algunos de esos movimientos afirman con gran firmeza que la poseen. Y, sin embargo, si somos honestos, tenemos que decir que «*nadie tiene la clave*» y que «*ojalá alguien nos la pudiese ofrecer*».

Lo que decimos aquí con referencia a la catequesis no es más —pienso yo— que un reflejo de un fenómeno más amplio que está gravitando y presionando sobre toda la *cultura contemporánea*. La cultura que nos ha tocado vivir es una *realidad configurada por la inestabilidad* o, si se quiere —aunque la expresión es más tópica—, es una realidad de *crisis en la historia*. Como ha ocurrido en otras épocas similares, el discernimiento válido ha de hacerse *a posteriori* de los hechos; en otros momentos, más quietos —menos inquietos—, que en el curso de los tiempos vienen a ser como «pequeños juicios finales» anticipados en los cuales se pueden separar, con mayor lucidez, los trigos de las cizañas.

Es cierto que hay *algunos indicios* de que la crisis cultural contemporánea está alcanzando un cierto tcho. El indicio más claro —para mí— es que se ha logrado ya un cierto *consensus* que admite que «*estamos viviendo un período de crisis*». Admitir esto es importante si se extraen de esta afirmación todas las consecuencias, entre las cuales señalaría yo ahora las siguientes:

— Es preciso admitir en esta coyuntura *la pluralidad* de tendencias culturales (en nuestro caso, catequéticas).

— Es preciso propiciar *el intercambio* de las distintas tendencias y su mutua interpelación.

— Es preciso respetar —y esto me parece muy importante— *la dinámica propia del actual proceso cultural*, dilucidándolo y debatiéndolo, no desde la máxima pseudo-liberal: «*Laissez faire, laissez passer: le monde va de soi même*» sino desde *la buena voluntad* de sacar a luz una «novedad» compartible y compartida.

— Es preciso adoptar *actitudes propias de un «tiempo provisorio o de tránsito»*, en el que las medidas precipitadas o la paralización pueden ser igualmente nocivas.

Refiriéndome más específicamente al ámbito cristiano y eclesial diría que hay que dar por supuesto que las situaciones inestables de la historia han de ser abordadas desde la fe en el Dios misterioso y no manipulable, en el Dios que no es ni el ignoto y distante (*absconditus et nondum revelatus*) ni un eslabón más de la cadena humana, porque a Dios se le siente y se le

presiente (*intimior intimo meo*) pero también Dios nos deja asombrados y nos aterriza (es decir, nos deja sin tierra para que experimentemos el riesgo de la fe).

3. Yo pienso que es, desde este horizonte de fondo, desde donde se deben repensar los problemas, conflictos, aparentes aporías que se nos presentan actualmente en el terreno de la catequesis, de las cuales quiero apuntar algunos ahora.

4. Uno de los fenómenos de tensión más destacables en las últimas décadas es el que se da en las relaciones entre *metodología catequética* y «*contenido*» de la catequesis. Propiamente, esta tensión tiene lugar más allá de la metodología considerada en sí misma: en el fondo, la tensión se produce en el nivel de las connotaciones metodológicas que piden los mismos «*contenidos*» que se quieren transmitir en el acto catequético. Quiero decir lo siguiente: las innovaciones metodológicas que han surgido en los tiempos recientes —llámense «catequesis inductiva», «catequesis de la experiencia», «catequesis antropológica»— se ha nabierdo paso en función de la misma perspectiva del Mensaje cristiano que ha parecido conveniente subrayar en la catequesis. En la medida en que se ha buscado concentrar la transmisión de la fe (o mejor, de la doctrina de la fe) en *lo más sustancial* del misterio salvador de Dios *propter nos homines*, en esa misma medida el vehículo metodológico se ha «humanizado», es decir, se ha centrado en la aspiración de Dios que late en el corazón humano; en las experiencias humanas de Dios; en aquello que, en el hombre, «postula» (del modo que sea, no es éste el momento de acotarlo), el misterio de Dios y se muestra, por tanto, afín a Dios. Dicho de otro modo: al tomar en serio —de un modo nuevo— a Dios en su acción salvífica en favor del hombre, se toma en serio la «imagen de Dios» que es el hombre y, de ahí, se derivan las consecuencias: en el hombre y en los acontecimientos de su historia hay una mostración, una epifanía, una noticia de Dios mismo, que hay que descubrir y confrontar con lo que Dios nos ha dicho de sí mismo.

Ahora bien, estas innovaciones han venido coexistiendo —y coexisten— con métodos vinculados y condicionados por otra visión de la revelación de Dios, en la cual *lo humano* se contempla oblicuamente y *lo divino* aparece como la realidad trascendente en su condición totalmente absoluta que «hace saber» al hombre sus misterios. Esta presentación de Dios pide de suyo una metodología más «objetiva», menos ligada a las vivencias; más receptiva y menos buscadora. La catequesis que sigue esta línea tiende más a impartirse en forma de «instrucción».

5. Estas dos modalidades de catequesis, que he tomado como punto de partida, pueden servir como ejemplo de esas tensiones que hay que tratar de integrar en la vida de nuestra Iglesia actual. Tensiones que, como decía

al principio, no se pueden aislar del contexto general de la cultura contemporánea. Porque si es cierto que este caso concreto —como otros que podríamos analizar— constituye un fenómeno específicamente propio del ámbito eclesial, con todo es tributario de nuestras coordenadas culturales —las del siglo XX—. Pienso que no se puede dudar que *la acentuación antropológica* es propia, en general, de nuestra cultura. Y que, en esta cultura, también en general, pervive, al mismo tiempo, una concepción teológica, digamos, más trascendente y más preocupada por la realidad objetiva.

Y la pregunta que tendríamos que hacer ahora en esta reflexión sería: ¿ha llegado el tiempo ya de zanjar la cuestión de si una de estas dos formas de catequizar es la genuina y auténticamente eclesial para nuestro tiempo?; por el contrario, ¿hay que dejar que una y otra coexistan siempre que dialoguen entre sí y no se pretendan erigir en exclusiva?

6. Cuestiones parecidas se nos plantean en otros campos de la catequesis que sólo podemos enumerar en esta comunicación pero que están en el ánimo de todos. Me refiero a las dialécticas de una *catequesis comunitaria* en tensión con una *catequesis que busca la preparación del cristiano singular para que pueda dar razón de su fe*; de una *catequesis intraeclesial* (que potencia internamente la identidad de la comunidad *ad intra*) en tensión con una *catequesis liberadora* (más pendiente de realizar la misión de la Iglesia en el mundo); de una *catequesis popular* (que sigue confiando en la fe germinal de los creyentes débiles *minores in fide*) en tensión con una *catequesis de pequeños grupos* (más preocupada de preparar fermento para la masa), etc.

7. Naturalmente, las reflexiones que he venido haciendo hasta aquí son más bien teorizaciones sobre hechos que se dan en la Iglesia de España y, aunque con matizaciones específicas, también en las demás Iglesias. Para que estas teorizaciones tengan un cierto *alcance práctico* no pueden hacerse al margen de unas coordenadas *realistamente pastorales*. Por ello, es necesario que nos refiramos aquí a *las orientaciones y pautas* que los Pastores de la Iglesia han dado en los últimos años con vistas al encauzamiento de la acción catequética. En nuestro caso, hemos de recordar la actitud de los Pastores de la Iglesia de España en relación con esta materia.

En este sentido, me parecen particularmente interesantes los Planes de acción de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, publicados respectivamente en 1978 y 1981 y que llevan los títulos: «Pastoral catequética y educativa en España hoy» y «Catequesis de la comunidad cristiana hoy».

El primero de estos Documentos se preparó teniendo a la vista la inspiración del Sínodo de Obispos 1977, dedicado a la catequesis y pretende iniciar «una nueva etapa en el movimiento catequético». Este Documento (conocido también como «Santiago 78») se muestra esperanzador ante la

nueva situación de la sociedad española y sus cambios políticos y sociales. En esta línea, afirma que «el progresivo deslinde de lo político y lo religioso permitirá a las comunidades cristianas centrarse más en su específica misión», «sin polarizaciones en determinados aspectos coyunturales». En este escrito, la posición oficial concede un puesto muy relevante a la comunidad cristiana, como lugar de catequesis. Uno de sus aspectos más llamativos en efecto es el relieve que concede a *la dimensión comunitaria*. Se señala como *objetivo prioritario*, para la nueva etapa, fomentar: «Una catequesis desde y para la comunidad cristiana»: éste es el centro de convergencia del Documento que permite desarrollar una concepción de la catequesis *creadora de comunidad*. Esta catequesis proyectada que «educa al cristiano para su inserción plena en la comunidad de discípulos de Jesucristo» se presenta como acción eclesial que «afirma la identidad cristiana», que «es fiel a Dios y al hombre, superando dicotomías» y como «un proceso continuo que da prioridad a la catequesis de adultos» y que ha de estar «impregnada siempre en sentido catecumenal».

El segundo Documento tiene un interés peculiar. Quiero subrayar, sobre todo, el tono de la introducción. En ella, se hace un balance de las realidades catequéticas del último trienio. Junto a los logros alcanzados, los párrafos dedicados a los problemas y cuestiones preocupantes destacan por su longitud y por los aspectos que se acentúan. Es cierto que se recogen adquisiciones logradas. Entre ellas, el dinamismo catequético de las Iglesias locales («de carácter diocesano o interdiocesano»); «los materiales catequéticos numerosos nacidos de un deseo de inculturización o como fruto de experiencia»; los planes de formación de catequistas para etapas de iniciación básica; el crecimiento del número de Escuelas para la formación de los catequistas; el avance de la catequesis de adultos concebida como proceso catecumenal; el impulso de la catequesis de jóvenes vinculada muchas veces en torno al sacramento de la confirmación, etc. En una palabra, «La catequesis —se dice— ha contribuido intensamente al impulso del movimiento comunitario eclesial» (n. 7). No falta tampoco en este capítulo una alusión a la aportación positiva de las catequesis de la experiencia, «una catequesis que no resulte tangencial al catequizando sino que se encuentre arraigada en sus realidades vitales» (n. 8).

8. Pero, al lado de estas metas alcanzadas, se llama la atención sobre la necesidad de que la catequesis se sitúe «de una manera crítica y reflexiva» ante los problemas actuales que se presentan. Así, se pone el dedo en las llagas de «la falta de madurez cristiana y eclesial de algunos catequistas», «la falta de coordinación entre las distintas actividades pastorales en las diócesis; la ausencia, en no pocas comunidades cristianas, de una auténtica pastoral catequética —incluso a nivel de iniciación—» (n. 11). En este mismo sentido, se dedica un párrafo denso a las «dificultades metodológicas» en el

que se muestra la inquietud ante los peligros de «cierto subjetivismo en el modo de concebir la experiencia de la fe en el grupo catequético, aislando la decisión personal por Cristo de los contenidos objetivos de la fe» (n. 12).

9. Esta última llamada de alerta, en mi opinión, es la más significativa por lo que concierne a la preocupación pastoral que hoy subraya más agudamente nuestra Iglesia. Preocupa, en efecto, entre nosotros de manera primordial *la transmisión de la auténtica fe de la Iglesia en la catequesis*. En el mismo Documento se dice: «En los materiales catequéticos y de formación de catequistas se acusa, a veces, una *pobreza de contenidos* que contrasta fuertemente con la realidad pedagógica y metodológica. Conviene preguntarse, por fidelidad a la tradición catequética y a las orientaciones mismas nacidas del Vaticano II, si no conviene que el movimiento catequético... renueve su atención a *lo que la catequesis transmite*, sin abandonar los logros ya adquiridos en otros aspectos de la transmisión de la fe» (n. 10). Conviene aclarar bien esto: la inquietud pastoral de que vengo hablando a partir del análisis de «Santiago 81» entiendo que no es tanto un recelo ante determinadas metodologías catequéticas cuanto la duda de si, más allá de las metodologías, se esté ofreciendo realmente o no *el genuino Mensaje cristiano tal como la Iglesia —desde el Vaticano II— lo vive y ofrece hoy*. Es decir, la preocupación radica en torno a la transmisión de la «sustancia vital del Evangelio», sin la cual no puede darse ni verdadera evangelización ni verdadera catequesis (EN, 25).

10. Indicios de esta misma inquietud pueden ser los temas que han comenzado a tratarse, recientemente, en el mundo de los catequistas y de los responsables de la catequesis española. Se ha insistido, por ejemplo, en la necesidad de estar atentos a la originalidad propia del *lenguaje catequético* partiendo de que el lenguaje no es meramente «un instrumento de comunicación de informaciones que tiene y usa el hombre» sino algo que *conforma al mismo hombre*. Profundizando en el tema del lenguaje, se ha señalado que, si se quiere mantener una fidelidad sustancial a la Tradición viva de la Iglesia —comenzando desde el mismo Nuevo Testamento—, es preciso mantener una línea de continuidad con *los lenguajes de fe*, incluso en su aspecto de «lenguaje fijo, acuñado, formulado». Según esta tendencia (de algún modo apuesta), la referencia al lenguaje común de la Iglesia, transmisor de la «sustancia vital de la fe», se requiere como una condición para la adhesión *a la cosa misma de la fe*, a la realidad del misterio del Dios vivo que se nos ha revelado en Cristo. En esta dirección, recientemente también se ha puesto sobre la mesa de discusión la temática relativa al *Símbolo de fe*, como lugar en que se encuentra «lo nuclear común» en el que los cristianos se reconocen mutuamente como discípulos del Señor en su comunidad de salvación. La expresión *Traditio Evangelii in Symbolo* ha entrado en circu-

lación en el ámbito de los responsables y estudiosos de la catequesis. La discusión —más técnica— sobre la especificidad u originalidad de la catequesis es otro signo de esta problemática.

11. Es explicable que las nuevas pistas de reflexión que se han abierto en el ámbito catequético —y su insistencia— han provocado cuestionamientos, preguntas y dudas en algunos sectores. Se ha podido detectar una cierta actitud, al menos, de expectativa y la problemática relacionada con el *Símbolo* no ha sido otra vez bien interpretada o bien expresada. Ya, con ocasión del Sínodo 77, se habían comenzado a suscitar algunas desazones: intervenciones de Padre Sinodales, sobre todo, en relación con la propensión «noética» de la catequesis y la llamada al equilibrio que fue tónica de la Asamblea Sinodal hicieron preguntarse a algunos si tal vez estábamos asistiendo a un retorno a formas anteriores catequéticas. El término «involución», como posible fenómeno de la dinámica eclesial, tomó casi carta de naturaleza. Acontecimientos posteriores que se han dado en las diversas Iglesias han originado un movimiento —no del todo confesado— de recelo. En realidad, es difícil juzgar qué giros puede tomar la catequesis en un futuro próximo. Lo que sí parece claro es que algunas de las metas y cotas adquiridas no pueden ser abandonadas.

Por ejemplo:

— que la catequesis no puede ceñirse a la *sola* enseñanza de unos «contenidos nocionales». No es la doctrina de la fe un cúmulo de verdades abstractas sino la comunicación del misterio vivo de Dios y la catequesis ha de lograr la adhesión personal al Dios vivo en Jesucristo;

— que la catequesis tiene que presentar «la estrechísima conexión del misterio de Dios y de Cristo con la vida y con el fin último del hombre» (DCG, 42). Y, en esta línea ha de preocuparse por orientar la atención de los catequizandos hacia sus experiencias de mayor importancia, tanto personales como sociales» (Ibid.);

— que la comunidad cristiana es el origen, el lugar y la meta de la catequesis;

— que la catequesis ha de conducir a una «vida según las bienaventuranzas y suscitar actitudes cristianas ante el mundo, la vida y la búsqueda de la liberación integral;

— que no puede quedar restringida a una repetición mecánica de fórmulas sino que pide una comprensión de las fórmulas, expresadas con un lenguaje adecuado a la capacidad de los oyentes y a las peculiaridades de las culturas. La catequesis ha de estimular la creatividad de los catequizandos en las expresiones de su fe, *etc., etc.*

12. Junto al mantenimiento de estos logros, el futuro próximo parece exigir un *discernimiento* serio de las críticas que se vienen haciendo en torno a la necesidad de transmitir sinceramente *la fe de la Iglesia* de forma que, en medio de una situación cambiante, la identidad cristiana no pierda sus referencias fundamentales e insustituibles. *Hay algo que nos ha sido dado y es irrenunciable* y la proclamación de ese «algo» está *pastoralmente*, en el orden de la misión de la Iglesia, por encima de las búsquedas.

13. No obstante, volviendo a lo que decía en un principio, la fidelidad al mundo e historia a la que pertenecemos y la realidad de un proceso cultural no crédulo, postula también una escucha atenta de los signos del mundo contemporáneo y una actitud paciente que tenga muy presente el bien común de la Iglesia y de los creyentes cuya fe es preciso fomentar —diría— con *entusiasmo*, en su sentido etimológico más religioso; es decir, en fidelidad plena al Dios de las promesas y a sus designios de salvación.